



CASSANDRA CLARE

La cadena de hierro

CAZADORES DE SOMBRAS
LAS ÚLTIMAS HORAS

DESTINO

LIBRO 2

LA ISLA DEL TIEMPO

CAZADORES DE SOMBRAS: LAS ÚLTIMAS HORAS

LA CADENA DE HIERRO

Cassandra Clare

Traducción de Patricia Nunes

DESTINO

LA TELARAÑA BRILLANTE

Inmóvil permanece, joven, mientras el mundo se hace viejo, y, delicadamente contemplativa de sí misma, hace que los hombres observen la red brillante que teje, hasta que corazón y cuerpo y vida en ella quedan presos. La rosa y la amapola son sus flores, pues ¿dónde podremos encontrar, oh, Lilith, aquel a quien no engañen tus fragancias, tu sutil beso y tus sueños tan dulces?

DANTE GABRIEL ROSSETTI, *La belleza del cuerpo*

Una niebla invernal se había posado sobre la ciudad de Londres y extendía sus pálidos tentáculos por las calles, coronando los edificios con un oropel sin brillo. Lanzaba una palidez gris sobre los árboles desnudos mientras Lucie Herondale conducía su carruaje por el largo camino descuidado que llevaba a Chiswick House, cuyo tejado se alzaba entre la niebla como la cumbre del monte Himalaya entre las nubes.

Con un beso en la nariz y una manta en la cruz, dejó a su caballo, *Balios*, al pie de la escalinata delantera, y empezó a caminar por lo que quedaba del jardín. Pasó ante las estatuas ruinosas de Virgilio y Sófo-

cles, cubiertas por largas enredaderas, y cuyos miembros rotos yacían desperdigados entre las malas hierbas. Había otras estatuas medio tapadas por árboles de espeso ramaje y setos sin podar, como si el denso follaje las hubiera devorado.

Atravesó con cuidado una pérgola de rosas derruida y, finalmente, llegó al viejo cobertizo de ladrillo del jardín. Hacía mucho tiempo que no tenía techo; Lucie se sintió como si llegara a una cabaña abandonada en los pantanos. Una delgada columna de humo gris salía del interior. Si esto fuera *La bella Cordelia*, un duque furioso aunque atractivo aparecería por el páramo, pero las cosas nunca sucedían como en los libros.

El cobertizo estaba rodeado por pequeños montones de tierra donde ella y Grace habían estado enterrando, durante los cuatro meses anteriores, los resultados fallidos de sus experimentos: los desgraciados cuerpos de pájaros caídos o de ratas y ratones cazados por gatos que, una y otra vez, habían intentado revivir.

Todavía no habían conseguido nada. Y Grace ni siquiera lo sabía todo sobre ese asunto. Seguía sin conocer el poder de Lucie para invocar a los muertos. No sabía que había probado a obligar a los pequeños cuerpos a volver a la vida, que había intentado llegar a su interior para encontrar algo que ella pudiera traer al mundo de los vivos. Pero nunca había funcionado. Cualquiera que fuera la parte sobre la que Lucie tuviera poder de invocación había desaparecido con sus muertes.

No le había contado nada de esto a Grace.

Lucie se encogió de hombros con resignación filosófica, se dirigió a la enorme puerta de madera (a veces se preguntaba cuál era el sentido de tener una puerta en una construcción sin techo) y dio una serie de golpecitos que formaban un código establecido: uno, dos; uno, dos.

Al instante, oyó a alguien acercarse y girar la llave en el cerrojo, y la puerta se abrió. Grace Blackthorn estaba en la entrada, con el rostro fijo y serio. A pesar del tiempo nublado, el pelo, que llevaba suelto por los hombros, relucía de un plateado brillante.

—Viniste. —Pareció más sorprendida que complacida.

—Te dije que lo haría. —Lucie pasó a su lado y entró. El cobertizo constaba de un solo espacio con suelo de tierra compactada, que en ese momento estaba parcialmente helada.

Habían empujado una mesa contra el muro, bajo la espada de la familia Blackthorn, que colgaba de unos ganchos de hierro forjado toscamente. En la mesa, habían montado un laboratorio casero: se veían filas de alambiques y botellas de cristal, un mortero y una mano de almirez, y docenas de tubos de ensayo. Un surtido de cajas y latas, algunas abiertas y otras vacías, colocadas formando una pila, ocupaban el resto del espacio.

Al lado de la mesa, había un fuego encendido directamente sobre el suelo y era la fuente del humo que salía por la parte superior sin tejado. La lumbre era extrañamente silenciosa y no salía de troncos de madera, sino de un montículo de piedras; sus llamas verdosas se alzaban avariciosas, como si quisieran consumir el caldero de hierro que colgaba suspendido de un gancho. El recipiente contenía un preparado negro que hervía y olía a tierra y a productos químicos al mismo tiempo.

Despacio, Lucie se aproximó a una segunda mesa, más grande. En ella había un ataúd. A través de la tapa de cristal, vio a Jesse, con el mismo aspecto que la última vez que habían estado juntos: camisa blanca y pelo negro que le caía suave por la nuca. Sus párpados eran como medias lunas pálidas.

No se había limitado a los pájaros, los murciélagos y los ratones. También había intentado ordenar a Jesse que volviera a la vida, aunque solo había podido hacerlo durante los cortos periodos en los que Grace se iba a buscar algo y la dejaba sola con el cuerpo de Jesse. Con él le había ido incluso peor que con los animales. Jesse no estaba vacío, como los animales; Lucie podía sentir algo dentro de él: una vida, una fuerza, un alma. Pero fuera lo que fuese, estaba anclado en el espacio entre la vida y la muerte, y no podía moverlo. Solo con intentarlo ya se sentía enferma y débil, como si estuviera haciendo algo malo.

—No estaba segura de que fueras a venir —dijo Grace molesta—. Llevo una eternidad esperándote. ¿Conseguiste el estramonio?

Lucie sacó del bolsillo un pequeño paquete.

—Fue difícil llevármelo. Y no puedo estar mucho rato. Esta noche he quedado con Cordelia.

Grace tomó el paquete y lo abrió.

—Porque la boda ¿es mañana? Pero ¿qué tiene eso que ver contigo?

Lucie le echó a Grace una dura mirada, pero la otra chica parecía no entenderlo de verdad. A menudo, Grace no parecía comprender por qué la gente hacía ciertas cosas cuando el motivo era «porque así es como se portan los amigos» o «porque eso es lo que haces cuando le tienes aprecio a alguien».

—Soy la dama de honor de Cordelia —contestó—. La llevo al altar, pero también estoy para ayudarla y apoyarla antes de la ceremonia. Esta noche voy con ella a...

Zas. Grace había echado el contenido del paquete en el caldero. El fogonazo de una llama se elevó hacia el techo inexistente y, luego, una bocanada de humo. Olió a vinagre.

—No tienes que contármelo. Estoy segura de que Cordelia no me aprecia.

—No voy a discutir ese tema contigo —contestó Lucie mientras tosía un poco.

—Bueno, yo no me tendría aprecio si fuera ella —repuso Grace—. Pero no hay por qué hablar de algo. No te pedí que vinieras para charlar.

Echó una mirada al caldero. La niebla y el humo se mezclaron en la pequeña habitación, y envolvieron a Grace en un halo nebuloso. Lucie se frotó las manos enguantadas, con el corazón latiéndole de prisa, mientras Grace empezaba a recitar.

—*Hic mortui vivunt. Igni ferroque, ex silentio, ex animo. ¡Ex silentio, ex animo! ¡Resurget!*

A medida que Grace salmodiaba, la mezcla empezaba a hervir

más rápido, y las llamas siseaban y subían cada vez más alto hasta alcanzar el caldero. Un poco de brebaje se salió por un lado y se derramó en el suelo, chapoteando. Lucie dio un salto hacia atrás mientras unos tallos verdes brotaban de la tierra, y de ellos crecían otros tallos, hojas y brotes que se elevaron hasta la altura de las rodillas.

—¡Funciona! —exclamó—. ¡Sí que funciona!

Un rápido destello de emoción pasó por la cara normalmente inexpresiva de Grace. Miró hacia el ataúd y a Jesse...

Con la misma velocidad que habían surgido, las flores se marchitaron y cayeron de los tallos. Fue como ver el tiempo acelerarse. Lucie contempló, impotente, como las hojas caían, y los tallos se secaban y se rompían por su propio peso.

Grace permaneció inmóvil, con la vista clavada en las flores muertas del suelo. Miró hacia el ataúd..., pero Jesse no se había movido.

Por supuesto que no se había movido.

El cuerpo entero de Grace mostraba su decepción.

—La próxima vez le pediré a Christopher muestras más frescas —dijo Lucie—. O reactivos más potentes. Tiene que haber algo que no estamos haciendo bien.

Grace se acercó al ataúd de su hermano. Puso la palma contra el cristal. Movía los labios como si estuviera susurrando algo, pero Lucie no sabía el qué.

—El problema no es la calidad de los ingredientes —replicó Grace con una voz suave y fría—. El problema es que estamos confiando demasiado en la ciencia. Activadores, reactivos... La ciencia es tristemente limitada cuando hablamos de proezas como la que estamos intentando.

—¿Cómo lo sabes?

Grace la miró con frialdad.

—Sé que piensas que soy estúpida porque nunca me dieron clases —contestó—, pero me las arreglé para leer unos cuantos libros

cuando estuve en Idris. De hecho, me leí la mayor parte de la biblioteca.

Lucie tuvo que admitir que a Grace no le faltaba razón. No había tenido ni idea de que Grace estuviera interesada en la lectura o, más bien, en nada que no fuera torturar hombres y resucitar a Jesse.

—Si no podemos contar con la ciencia, ¿qué propones?

—Lo más evidente. Magia. —Grace le habló como si se dirigiera a un niño pequeño—. No este... juego de niños, estos hechizos que sacamos de un libro que mi madre ni se molestó en esconder. —Escupió las palabras con desprecio—. Debemos buscar poder en el único sitio en el que se puede encontrar.

Lucie tragó saliva.

—Te refieres a la nigromancia. Extraer poder de la muerte y usarlo para hacer magia con los muertos.

—Algunos dirían que ese tipo de magia es maligno. Yo lo llamo necesario.

—Bueno, yo también lo llamaría maligno —apuntó Lucie, incapaz de ocultar su frustración. Grace parecía haber tomado esa decisión sin contar con ella, lo cual iba totalmente en contra del espíritu de su alianza—. Y no quiero hacer cosas malignas.

Grace sacudió la cabeza despectivamente, como si Lucie estuviera armando un revuelo por nada.

—Tenemos que hablar de esto con un nigromante.

Lucie se abrazó a sí misma.

—¿Un nigromante? Ni hablar. Incluso aunque encontráramos a uno, la Clave nos lo prohibiría.

—Y es lógico —replicó Grace mientras comenzaba a recogerse las faldas. Parecía lista para salir del cobertizo—. Lo que tenemos que hacer no es del todo bueno. No en el sentido que la mayoría de la gente le da al término «bueno», desde luego. Pero tú ya lo sabías, Lucie, así que puedes dejar de fingir que eres mucho mejor que yo.

—No, Grace. —Lucie se movió para bloquear el acceso a la puerta—. Yo no quiero eso, y dudo que Jesse lo quisiera tampoco. ¿No podemos hablar con un brujo? ¿Alguien en quien la Clave confíe?

—La Clave puede confiar en ellos, pero yo no. —Los ojos de Grace echaban chispas—. Decidí que debíamos trabajar juntas porque a Jesse parecías gustarle. Pero hace muy poco que conoces a mi hermano, y nunca estando vivo. Así que difícilmente eres una experta. Yo soy su hermana, y haré que vuelva... Da igual lo que tenga que hacer o cómo. ¿Lo entiendes, Lucie? —Grace respiró hondo—. Es hora de decidir si te preocupa más la preciosa santidad de tu vida o devolverle la suya a mi hermano.

Cordelia Carstairs hizo una mueca de dolor mientras Risa ajustaba aún más la peineta de carey. Sostenía un grueso rodete de pelo rojo oscuro, parte de un elaborado peinado que su doncella le había recomendado con la promesa de que estaba muy de moda.

—No es necesario que te esfuerces tanto con el peinado esta noche —había protestado Cordelia—. Solo es una fiesta en la nieve. Mi pelo va a acabar hecho un desastre a pesar de todas las pinzas y peinetas que le pongas.

La mirada desaprobadora de Risa había zanjado la conversación. Cordelia supuso que su obligación, según la mujer, era esforzarse por estar radiante para su prometido. Después de todo, Cordelia iba a casarse con James Herondale, un partidazo para los estándares de cualquier sociedad, la de los cazadores de sombras o la mundana: guapo, rico, amable y bien relacionado.

No servía de nada decir que daba igual el aspecto que tuviera ella. A James no le importaría si ella apareciese con un traje de noche o completamente desnuda. Pero era una pérdida de tiempo intentar explicarle eso a Risa. De hecho, era demasiado arriesgado explicárselo a cualquiera.

—*Dokhtare zibaye man, tou ayeneh knodet ra negah kon* —dijo Risa mientras sujetaba un espejo de plata frente a Cordelia. «Mírate al espejo, mi niña preciosa.»

—Es precioso, Risa —tuvo que admitir Cordelia. Las peinetas de perlas relucían en contraste con el pelo de color rubí oscuro—. Pero ¿cómo vas a ser capaz de superarte mañana?

Risa se limitó a guiñarle el ojo. Al menos alguien estaba deseando que llegara el día siguiente, reflexionó Cordelia. Cada vez que pensaba en su boda, le entraban ganas de tirarse por la ventana.

Al día siguiente se sentaría por última vez en su habitación, y su madre y Risa le entrelazarían flores de seda en el pelo, largo y espeso. Y tendría que parecer una novia al menos tan feliz como bien vestida. Y, si tenía suerte, la mayoría de los invitados a la boda estarían distraídos con su vestido. Al menos, eso esperaba.

Risa le dio un pequeño toque en el hombro. Cordelia se enderezó obediente, y tomó una última y profunda bocanada de aire antes de que Risa le apretara los lazos del corsé, haciendo que el pecho se le elevara y la espalda se le estirara. Cordelia pensó irritada que la función del corsé era hacer consciente a la mujer, cada segundo, de que su forma difería del ideal imposible que la sociedad marcaba.

—¡Ya basta! —protestó cuando las varillas se le clavaron en la piel—. Esperaba poder comer en la fiesta, ¿sabes?

Risa puso los ojos en blanco. Agarró un vestido de terciopelo verde, lo levantó y Cordelia se metió en él. La mujer le metió las mangas, largas y estrechas, por los brazos, y ajustó el vaporoso encaje blanco en las muñecas y el cuello. Luego vino el proceso de abrochar cada uno de los diminutos botones que cubrían la espalda del vestido. Era muy ceñido; sin el corsé, Cordelia jamás habría entrado en él. El anillo Herondale, signo visible de su enlace, brilló en la mano izquierda cuando levantó el brazo para que Risa pudiera acomodarle a *Cortana* a la espalda.

—Debería bajar ya —dijo Cordelia cuando Risa le entregó un

pequeña bolsa de seda y un por la confusión con la fruta mango, se podría quedar solo “calentador para las manos”—. James casi nunca llega tarde.

Risa asintió brevemente, lo que, para ella, era el equivalente de un cálido abrazo de despedida.

Era verdad, pensó Cordelia mientras se apresuraba escalera abajo. James casi nunca llegaba tarde. La tarea de un prometido era acompañar a su dama a las fiestas y cenas, conseguirle limonada y abanicos, y sacarla a bailar. James había cumplido tal cometido a la perfección. Durante toda la temporada la había acompañado fielmente a todo tipo de aburridísimos eventos del Enclave, pero, excepto en esas ocasiones, apenas lo había visto. A veces, él se unía a ella y al resto de sus amigos para salidas realmente agradables: tardes en el Devil’s Tavern, tomar el té en casa de Anna..., pero incluso en esos momentos permanecía distraído y preocupado. No había muchas oportunidades de hablar sobre el futuro, y Cordelia tampoco estaba muy segura de qué iba a decir si se daba el caso.

—¿Layla?

Cordelia había llegado a la entrada de la casa, decorada con los azulejos de espadas y estrellas, y al principio no vio a nadie. Un momento después, se dio cuenta de que su madre, Sona, estaba junto a la ventana delantera, y había apartado una de las cortinas con su estrecha mano. La otra descansaba sobre la abultada barriga.

—Eres tú —dijo Sona. Cordelia se dio cuenta de que las ojeras de su madre se habían vuelto más oscuras—. ¿Adónde vas, otra vez?

—A la fiesta de trineos de los Pounceby, en Parliament Hill —contestó Cordelia—. La verdad es que son horribles, pero Alastair va a ir y pensé en acercarme yo también y así dejo de pensar en lo de mañana.

Sona sonrió.

—Es muy normal estar nerviosa antes de una boda, Layla *joon*. Yo estaba aterrorizada la noche antes de casarme con tu padre. Casi me escapo en el tren de madrugada a Constantinopla.

Cordelia tragó saliva y la sonrisa de su madre titubeó.

«Oh, vaya», pensó Cordelia. Solo hacía una semana que su padre, Elias Carstairs, había salido de su internamiento en la Basiliás, el hospital de los cazadores de sombras en Idris. Había estado allí varios meses, mucho más de lo que habían esperado en principio, para curarse de su problema con el alcohol, un hecho que los otros tres miembros de la familia Carstairs sabían pero nunca mencionaban.

Habían esperado su vuelta a casa cinco días atrás. Pero lo único que recibieron fue una escueta carta desde Francia. Ninguna promesa de que estaría en casa para la boda de Cordelia. Era una situación muy desafortunada, y el hecho de que ni la madre de Cordelia ni su hermano estuvieran dispuestos a hablar de ella la hacía aún más desdichada.

Cordelia respiró hondo.

—*Maman*, sé que aún confías en que padre llegue a tiempo para la boda...

—No es que confíe en que llegue a tiempo, es que sé que lo hará —replicó Sona—. Da igual lo que lo haya retrasado, no se perderá la boda de su única hija.

A Cordelia le costó no sacudir la cabeza asombrada. ¿Cómo podía tener tal fe su madre? Su padre se había perdido un montón de cumpleaños, hasta la primera runa de Cordelia, debido a su «enfermedad». Era una enfermedad que, al final, había hecho que lo arrestaran y lo enviaran a la Basiliás en Idris. Se suponía que ya estaba curado, pero, por el momento, su ausencia no era muy buena señal.

Se oyeron unas botas por la escalera y Alastair apareció en la entrada, con el pelo negro flotando. A pesar del ceño fruncido, estaba guapo con su nuevo abrigo de invierno de lana.

—Alastair —lo llamó Sona—, ¿tú también vas a esta fiesta de trineos?

—No me han invitado.

—¡Eso no es verdad, Alastair —exclamó Cordelia—, el único motivo por el que yo iba es porque tú también estarías!

—Decidí que, desafortunadamente, mi invitación se perdió en el correo —contestó Alastair con un gesto despectivo de la mano—. Puedo entretenerme solo, madre. Algunos tenemos cosas que hacer y no podemos estar todo el día por ahí jugueteando.

—De verdad, vaya par —los regañó Sona meneando la cabeza. A Cordelia le pareció muy injusto. Ella se había limitado a corregir la mentira de Alastair.

Sona se puso las manos en la parte baja de la espalda y suspiró.

—Debo hablar con Risa de algunas cosas para mañana. Aún queda mucho por hacer.

—Deberías estar descansando —recomendó Alastair mientras su madre se iba por el pasillo hacia la cocina. En cuanto estuvo fuera de su vista, Alastair volteó hacia Cordelia con expresión enojada—. ¿Estaba esperando a padre? —preguntó en un susurro—. ¿Todavía? ¿Por qué se atormenta así?

Cordelia se encogió de hombros, desesperanzada.

—Lo ama.

Alastair hizo un sonido muy poco elegante.

—¡*Chi! Khodah margam bedeh* —dijo, y Cordelia pensó que eso era muy grosero.

—El amor no siempre tiene sentido —replicó ella, y, ante esto, Alastair apartó la vista a toda prisa. Llevaba meses sin mencionar a Charles en presencia de Cordelia, y aunque había recibido cartas con la cuidadosa caligrafía de este, Cordelia había encontrado más de una en el bote de la basura sin abrir. Tras un momento, añadió—: Aun así, ojalá enviara al menos un mensaje diciendo que no le pasa nada, por el bien de madre.

—Volverá cuando le parezca. Y será en el peor momento posible, si lo conozco bien.

Cordelia acarició la suave lana de cordero de su calentador con un dedo.

—¿No quieres que vuelva, Alastair?

La mirada de Alastair era opaca. Había pasado años protegiendo a Cordelia de la verdad, inventando excusas para los «episodios de enfermedad» de su padre y sus constantes ausencias. Hacía algunos meses que Cordelia había descubierto el coste emocional de las intervenciones de Alastair, las cicatrices invisibles que él se esforzaba diligentemente por ocultar.

Parecía a punto de contestar cuando se oyó el eco de unos cascos de caballo a través de la ventana, el galope amortiguado por la nieve que aún caía. La forma oscura de un carruaje se detuvo junto al farol delante de la casa. Alastair apartó la cortina y frunció el ceño.

—Es el carruaje de los Fairchild —informó—. ¿Es que James no puede molestarse en recogerte él mismo y manda a su *parabatai* a hacer su trabajo?

—Eso no es justo —replicó Cordelia molesta—, y lo sabes.

Alastair dudó.

—Supongo. Herondale cumplió bastante bien con todas sus obligaciones.

Cordelia observó a Matthew Fairchild saltar con ligereza del carruaje. No pudo evitar sentir un ramalazo de miedo: ¿y si James había entrado en pánico y había enviado a Matthew para romper con ella la noche antes de la boda?

«No seas ridícula», se dijo con firmeza. Matthew se acercó a la escalinata principal silbando. El suelo estaba blanco por la nieve y se veían huellas de botas. Los hombros del gabán con cuello de piel de Matthew ya mostraban algunos copos. Los cristales de nieve le brillaban en el pelo rubio, y tenía los altos pómulos enrojecidos por el frío. Parecía un ángel de Caravaggio espolvoreado de azúcar por la nieve. Seguro que si tuviera malas noticias, no llegaría silbando.

Cordelia abrió la puerta y se encontró a Matthew delante, dando golpes con los pies en el suelo para quitarse la nieve de sus botas Balmoral.

—Hola, querida —saludó a Cordelia—. He venido para llevarte a una gran colina que ambos descenderemos montados en unos trozos de madera desvencijados y fuera de control.

Cordelia sonrió.

—Suenan maravillosos. ¿Qué haremos después?

—Por extraño que parezca —contestó Matthew—, subiremos de nuevo hasta la cima de la colina para descender otra vez. Es algún tipo de manía relacionada con la nieve, por lo visto.

—¿Dónde está James? —lo interrumpió Alastair—. Ya sabes, el que tenía que estar aquí de ustedes dos.

Matthew miró a Alastair con desagrado. Cordelia tuvo la habitual sensación de que el corazón se le encogía. Así eran las cosas cada vez que Alastair se relacionaba con cualquiera de los Alegres Compañeros. De repente, hacía unos pocos meses, todos ellos se habían vuelto aún mucho más hostiles con Alastair, y ella no tenía ni idea de cuál era el motivo. No se atrevía a preguntar.

—James tuvo que ocuparse de unos asuntos importantes.

—¿Qué asuntos? —preguntó Alastair.

—No es asunto tuyo —contestó Matthew, visiblemente encantado con su juego de palabras—. Me lo pusiste en bandeja, ¿eh?

Los ojos negros de Alastair destellaron.

—Más te vale no meter a mi hermana en problemas, Fairchild —lo advirtió—. Sé el tipo de compañías que frecuentas.

—Alastair, para —dijo Cordelia—. Escucha, ¿de verdad que no vienes a la fiesta de Pounceby o solo estabas molestando a madre? Y si es esto último, ¿quieres venir con Matthew y conmigo en el carruaje?

La mirada de Alastair se dirigió a Matthew.

—¡Vaya! ¿Ni siquiera llevas sombrero? —preguntó.

—¿Y taparme este pelo? —Matthew se señaló los rubios rizos con un elegante gesto de la mano—. ¿Acaso cubrirías el sol?

La expresión de Alastair indicaba que poner los ojos en blanco nunca sería suficiente.

—Yo me voy a dar un paseo —replicó.

Salió a la noche nevada sin decir nada más, y el efecto de su salida quedó amortiguado por la nieve que se tragaba las huellas de sus botas.

Cordelia suspiró y recorrió la banqueta con Matthew. South Kensington era un cuento de hadas de casas blancas cubiertas de hielo reluciente, donde el brillo de los faroles estaba rodeado de halos de niebla matizada por la nieve.

—Tengo la sensación de que siempre estoy disculpándome por Alastair. La semana pasada hizo llorar al lechero.

Matthew la ayudó a subir al asiento del carruaje.

—Conmigo no te disculpes por Alastair. Me proporciona un adversario con el que afilar el ingenio.

Se subió a su lado y cerró la pesada puerta. Al interior del carruaje, forrado de seda, se le habían añadido unos suaves cojines y cortinas de terciopelo en las ventanas para que resultase más acogedor. Cordelia se reclinó sobre el asiento, con la manga del gabán de Matthew rozándole el brazo de modo reconfortante.

—Me parece que llevo siglos sin verte, Matthew —dijo, feliz de cambiar de tema—. Escuché que tu madre ya regresó de Idris. Y Charles, de París, ¿no? —Como Cónsul, la madre de Matthew, Charlotte, estaba muchas veces fuera de Londres. Su hijo Charles, el hermano de Matthew, tenía un puesto de subalterno en el Instituto de París y estaba especializándose en política: todo el mundo sabía que Charles esperaba llegar a ser el próximo Cónsul.

Matthew se pasó las manos por el pelo, quitándose los cristales de hielo.

—Ya conoces a mi madre, en cuanto baja del carruaje ya está yéndose a toda prisa otra vez. Y, por supuesto, Charles vino a verla a casa enseguida. Así le recuerda al Instituto de París lo cerca que está de la Cónsul, lo mucho que ella confía en su criterio. Y pontifica con padre y Martin Wentworth. Cuando me iba, acababa de interrumpirles su partida de ajedrez para intentar arrastrarlos a una discusión sobre política subterránea en Francia. La verdad es que

Wentworth parecía un poco desesperado, probablemente esperaba que Christopher provocara otra explosión en el laboratorio y eso le diera una oportunidad para escapar.

—¿Otra explosión?

Matthew rio.

—Kit casi deja a Thomas sin cejas con su último experimento. Dice que está cerca de conseguir que la pólvora estalle incluso aunque haya runas, pero a Thomas ya no le quedan cejas que pueda donar a la ciencia.

Cordelia intentó pensar en algo que decir sobre las cejas de Thomas, pero no fue capaz.

—Okey —dijo mientras se rodeaba con los brazos—. Me rindo. ¿Dónde está James? ¿Le dio miedo y se escapó a Francia? ¿Se cancela la boda?

Matthew sacó una licorera plateada del abrigo y tomó un trago antes de responder. ¿Estaba intentando ganar tiempo? Cordelia pensó que parecía un poco preocupado, aunque la preocupación y Matthew eran cosas que no solían ir juntas.

—Me temo que es culpa mía —admitió—. Bueno, a decir verdad, mía y de los demás Alegres Compañeros. En el último minuto, decidimos que no podíamos dejar que James se casara sin organizarle una fiesta, y yo tengo que encargarme de que tú no sepas nada de los escandalosos planes.

Cordelia sintió una oleada de alivio. James no iba a abandonarla. Claro que no. Nunca haría eso. Era James.

Se puso firme.

—Puesto que acabas de decirme que los planes serán escandalosos, ¿no has fallado en tu misión?

—¡Para nada! —Matthew tomó otro trago de la licorera antes de guardársela en el bolsillo—. Yo solo te he dicho que James va a pasar la víspera de su noche de bodas con sus amigos. Por lo que a ti respecta, están bebiendo té y estudiando la historia de las hadas en Bavaria. Se supone que tengo que asegurarme de que no pienses otra cosa.

Cordelia no pudo evitar sonreír.

—¿Y cómo planeas hacer eso?

—Acompañándote a tus propios planes escandalosos, por supuesto. No habrás pensado que de verdad íbamos a ir a la fiesta de Pounceby, ¿no?

Cordelia apartó la cortina de la ventana del carruaje y miró hacia la noche. En vez de ver las calles con árboles de Kensington, cubiertas con la nieve invernal, contempló el límite exterior del West End. Las estrechas calles estaban cubiertas de una niebla densa y llenas de gente que hablaban un montón de idiomas distintos y se calentaban las manos con fuegos encendidos en bidones de aceite.

—¿El Soho? —preguntó con curiosidad—. ¿Qué? ¿El Ruelle Inferno?

Matthew enarcó una ceja.

—¿Dónde si no? —El Ruelle Inferno era un club nocturno y un salón artístico de los subterráneos, que abría algunas noches a la semana en un edificio de vulgar apariencia en Berwick Street. Cordelia había estado allí un par de veces, hacía unos meses. Sus visitas habían sido memorables.

Dejó caer la cortina y volteó hacia Matthew, que la observaba con atención. Ella fingió reprimir un bostezo.

—¿En serio? ¿El Ruelle otra vez? He estado allí tantas veces que podría ser un club de *bridge* para damas. ¿De verdad que no conoces un sitio más escandaloso?

Matthew sonrió.

—¿Me estás pidiendo que te lleve al Inn of the Shaved Werewolf?

Cordelia le dio un golpecito con el calentador para manos.

—Ese sitio no existe. No te creo.

—Créeme cuando te digo que hay pocos sitios más escandalosos que el Ruelle, y ninguno al que pueda llevarte y esperar que James me perdone —contestó Matthew—. No se considera elegante corromper a la prometida de tu *parabatai*.

Cordelia dejó de reír; de pronto, se sentía muy cansada.

—Vamos, Matthew, ya sabes que es una boda de conveniencia —dijo—. Da igual lo que haga. A James no le importa.

Matthew pareció dudar. Cordelia había acabado la farsa, y él se había quedado claramente desconcertado. Pero nunca permanecía mucho tiempo sin hablar.

—Sí que le importa —replicó mientras el carruaje torcía hacia Berwick Street—. Aunque quizá no de la forma en la que todo el mundo se imagina. Pero no creo que sea muy duro estar casada con James, y es solo por un año, ¿no?

Cordelia cerró los ojos. Ese era el acuerdo que tenía con James: un año de matrimonio para salvar la reputación de ambos. Luego ella pediría el divorcio. Podrían tener una separación sin problemas y seguir siendo amigos.

—Sí —asintió ella—, solo un año.

El carruaje se detuvo junto a un farol cuya luz amarilla iluminó el rostro de Matthew. Cordelia sintió que el corazón se le oprimía un poco. Matthew sabía tanto de la verdad como cualquier otro, incluido James, pero había algo en su mirada que, por un momento, le hizo temer que pudiera sospechar cuál era la última pieza del rompecabezas, la parte que les había ocultado a todos. No podría soportar dar lástima. No podría soportar que alguien supiera lo desesperadamente enamorada que estaba de James y cuánto deseaba que el matrimonio fuera de verdad.

Matthew abrió la puerta del carruaje y el pavimento de Berwick Street, brillante a causa de la nieve derretida, quedó a la vista. Saltó afuera y, tras una rápida conversación con el cochero, le tendió la mano a Cordelia para ayudarla a descender.

Para llegar al Ruelle Infierno había que atravesar el estrecho callejón de Tyler's Court. Matthew enlazó el brazo de Cordelia con el suyo, y avanzaron juntos a través de las sombras.

—Estoy pensando —comenzó— que aunque nosotros quizá sepamos la verdad, el resto del Enclave no la conoce. Recuerda qué

incordio fueron cuando llegaste a Londres y, ahora, por lo que respecta a esa panda de engreídos, vas a casarte con el soltero más codiciado del país. Mira a Rosamund Wentworth. Ha atrapado y se comprometió con Thoby Baybrook solo para demostrar que tú no eres la única que va a casarse.

—¿De verdad? —Cordelia estaba de lo más entretenida: jamás se le hubiera ocurrido que tuviera nada que ver con el repentino anuncio de compromiso de Rosamund—. Pero supongo que esa boda es por amor.

—Me limito a señalar que la coincidencia de fechas parece sospechosa. —Matthew movió una mano con vehemencia—. Lo que digo es que también podrías disfrutar de ser la envidia de todo Londres. Todos los que fueron mezquinos contigo cuando llegaste, los que te hicieron menos a causa de tu padre o difundieron rumores, todos esos estarán verdes de envidia, deseando estar en tu lugar. Disfrútalo.

Cordelia se rio.

—Siempre encuentras la solución más decadente a los problemas.

—Creo que la decadencia es una perspectiva válida que siempre debería tenerse en cuenta. —Habían llegado a la entrada del Ruelle Inferno y pasaron a través de una puerta privada a un estrecho pasillo adornado con pesados tapices. El espacio parecía estar decorado para Navidad, aunque faltaban semanas para las fiestas; los tapices estaban engalanados con ramas verdes que contenían rosas blancas y amapolas rojas.

Tras atravesar un intrincado laberinto de pequeños salones, llegaron a la sala principal del Ruelle, de forma octogonal. La habían transformado: árboles relucientes, con las ramas y los troncos pintados de blanco y adornados con guirnaldas verde oscuro y bolas rojas de cristal, se hallaban distribuidos a intervalos. Un mural resplandeciente mostraba una escena campestre: un glaciar bordeado por un bosquecillo de pinos cubiertos de nieve, con búhos asomando de las

sombras entre los árboles. Una mujer morena con el cuerpo de una serpiente estaba enroscada alrededor de un árbol partido por un rayo; sus escamas brillaban con pintura dorada. En el fondo de la estancia, Malcolm Fade, el Brujo Supremo de Londres, de ojos de color púrpura, parecía dirigir a un grupo de hadas en una complicada danza.

El suelo estaba lleno de montoncitos de algo que parecía nieve, pero que, al mirar de cerca, resultaba ser papel blanco cortado en tiras finas, que se iba amontonando a causa de los subterráneos que bailaban sobre él. Claro que no todo el mundo bailaba: muchos de los huéspedes del local se reunían en mesitas circulares, con las manos alrededor de jarras de cobre que contenían vino especiado. Cerca, sentados a otra mesa, un licántropo y un hada discutían sobre el autogobierno irlandés. A Cordelia siempre le había maravillado la mezcla de subterráneos que acudían al Ruelle Inferno; las enemistades que se establecían en el mundo exterior entre vampiros y licántropos, o entre diferentes cortes de hadas, parecían suspenderse en favor del arte y la poesía. Entendía perfectamente por qué a Matthew le gustaba tanto ese lugar.

—Vaya, vaya, mi cazadora de sombras favorita —dijo una voz familiar. Cordelia se giró y se encontró con Claude Kellington, un joven licántropo músico que supervisaba los espectáculos del Ruelle. Estaba sentado ante una mesa con un hada de pelo largo azul verdoso que miraba a Cordelia con curiosidad—. Veo que has traído a Fairchild —añadió Kellington—. Convéncelo para que sea más divertido, ¿de acuerdo? Nunca baila.

—Claude, soy crucial para tus artistas —repuso Matthew—, soy el elemento que no puede faltar: el público ansioso.

—Bueno, tráeme más artistas como esta —contestó Claude señalando a Cordelia—, si es que conoces alguna.

Cordelia recordó la actuación que había impresionado tanto a Kellington. Había hecho un baile tan escandaloso en el escenario del Ruelle que hasta ella misma se había quedado impresionada.

Intentó no ponerse roja, sino aparentar ser el tipo de chica sofisticada que, en un abrir y cerrar de ojos, podía ponerse a bailar como Salomé.

Señaló la decoración.

—¿Así que en el Ruelle se celebra la Navidad?

—No exactamente —dijo una voz. Cordelia volteó y vio a Hypatia Vex, la encargada del Ruelle Infierno. Aunque el lugar pertenecía a Malcolm Fade, era Hypatia la que se encargaba de invitar a la clientela; si ella no aceptaba a alguien, ese alguien jamás podría cruzar la puerta. Hypatia llevaba un traje de noche rojo brillante y una peonía bañada en oro prendida en el remolino de su pelo negro—. El Ruelle no celebra la Navidad. Sus invitados pueden hacer lo que quieran en sus casas, faltaría más, pero en diciembre, el Ruelle homenajea a su patrón con el Festum Lamia.

—¿Su patrón? ¿O sea..., tú? —preguntó Cordelia.

Hubo un destello de sorpresa en los característicos ojos de Hypatia, cuyas pupilas tenían forma de estrella.

—Su patrón cósmico. Nuestra antepasada, a la que algunos llaman la madre de los brujos, y otros, la madre de los demonios.

—Ah —contestó Matthew—. Lilith. Ahora que lo dices, es cierto que tienes muchos más búhos de lo normal en la decoración.

—El búho es uno de sus símbolos —confirmó Hypatia mientras deslizaba una mano por el respaldo de la silla de Kellington—. En los primeros días de la Tierra, Dios le dio a Adán una esposa. Su nombre era Lilith y como no se plegó a los deseos de Adán, la expulsaron del edén. Se apareó con el demonio Sammael, y tuvo muchos niños demonios, cuya descendencia fueron los primeros brujos. Esto enojó al cielo, y envió a tres ángeles vengadores, Sanvi, Sansanvi y Semangelaf, a castigar a Lilith. Los ángeles la esterilizaron y la deserraron al reino de Edom, un páramo de criaturas nocturnas y búhos, donde sigue en la actualidad. Pero a veces extiende una mano para ayudar a los brujos que le son fieles.

A Cordelia le sonaba la mayor parte de la historia, aunque en las leyendas de los cazadores de sombras los tres ángeles eran héroes protectores. A los ocho días del nacimiento de un niño cazador de sombras, se llevaba a cabo un ritual: los Hermanos Silenciosos y las Hermanas de Hierro entonaban sobre el niño los nombres Sanvi, Sansanvi y Semangelaf. Sona le había explicado a Cordelia que era una forma de asegurar el alma del niño, haciendo que los ángeles fueran una barrera ante cualquier tipo de posesión o influencia demoníaca.

Pensó que sería mejor no mencionar eso.

—Matthew me prometió una noche escandalosa —repuso—, pero sospecho que a la Clave no le gustaría mucho que unos cazadores de sombras acudieran a la fiesta de cumpleaños de un demonio famoso.

—No es su cumpleaños —matizó Hypatia—, solo un día de celebración. Creemos que es el día en el que salió del jardín del edén.

—Las bolas rojas que cuelgan de los árboles son manzanas —dijo Cordelia, dándose cuenta—. La fruta prohibida.

—El Ruelle Infierno se deleita con el consumo de todo lo prohibido —contestó Hypatia sonriendo—. Creemos que el hecho de ser tabú lo hace todavía más delicioso.

Matthew se encogió de hombros.

—No veo por qué la Clave debería molestarse. Yo no creo que estemos celebrando a Lilith ni nada por el estilo. No es nada más que decoración.

Hypatia lo miró divertida.

—Por supuesto. Nada más. Lo que me recuerda que...

Echó una mirada significativa al hada que acompañaba a Kellington, que se levantó y ofreció su sitio a Hypatia. Esta se sentó sin más, y extendió la falda de su vestido. El hada se perdió entre la multitud.

—No he vuelto a ver mi pyxis desde la última vez que estuviste aquí, señorita Carstairs. Recuerdo que Matthew también estaba. Me pregunto si te la habré regalado sin darme cuenta.

«Uy, no» Cordelia recordó la pyxis que habían robado hacía meses: había explotado durante una batalla con un demonio mandikhor. Miró a Matthew. Este se encogió de hombros y tomó una jarra de vino especiado de la bandeja de un hada que pasaba por allí. Cordelia carraspeó.

—Pues creo que sí. Creo recordar que me deseaste mucha suerte con mi futuro.

—Y no fue solo un amable regalo —añadió Matthew—, resultó muy útil para salvar de la destrucción a la ciudad de Londres.

—Sí —confirmó Cordelia—. Imprescindible. Una ayuda absolutamente necesaria para evitar un desastre total.

—Señor Fairchild, es usted una mala influencia para la señorita Carstairs. Está empezando a desarrollar una preocupante cara dura. —Hypatia volteó hacia Cordelia y sus ojos de estrella eran inescrutables—. Debo decir que estoy un poco sorprendida de verte esta noche. Habría esperado que una cazadora de sombras a punto de casarse quisiera pasar la última velada antes de su matrimonio afilando sus armas o practicando decapitaciones.

Cordelia empezó a preguntarse por qué Matthew la habría llevado al Ruelle. Nadie quería pasar la noche previa a su boda aguantando las burlas de brujos arrogantes, por muy interesante que fuera la decoración del lugar.

—No soy una novia corriente —se limitó a contestar.

Hypatia sonrió.

—Lo que tú digas —concedió—. Creo que hay unos cuantos invitados esperándote.

Cordelia echó un vistazo a la sala y, sorprendida, vio a dos personas conocidas sentadas a una mesa. Anna Lightwood, espléndida como siempre, en una entallada levita y con polainas azules, y Lucie Herondale, elegante y muy guapa con un vestido color hueso con pedrería azul, y saludándola enérgicamente.

—¿Las invitaste tú? —le preguntó a Matthew, que había vuelto a sacar la licorera. Se la llevó a los labios, hizo una mueca al encon-

trársela vacía, y la volvió a guardar en el bolsillo. Tenía los ojos vidriosos.

—Sí —contestó—, yo no puedo quedarme porque tengo que ir a la fiesta de James, y quería asegurarme de que tuvieras buena compañía. Tienen instrucciones de bailar y beber contigo toda la noche. Que te diviertas.

—Gracias. —Cordelia se inclinó para besar a Matthew en la mejilla, olía a clavo y brandi, pero este volvió la cara en el último momento y el beso de ella le rozó los labios. Se apartó inmediatamente y vio a Kellington e Hypatia mirándola suspicaces.

—Antes de que te vayas, Fairchild, veo que tienes la licorera vacía —dijo Kellington—; acompáñame al bar y haré que te la rellenen con lo que quieras.

Miraba a Matthew con una expresión curiosa, un poco parecida a la forma en la que la había mirado a ella, después de su baile. Una especie de mirada hambrienta.

—Nunca he sido de los que declinan la oferta de «lo que quieras» —contestó Matthew, dejándose llevar por Kellington. Cordelia pensó en ir tras él, pero decidió que no, y, además, Anna le estaba haciendo gestos para que se uniera a ellas a la mesa.

Dejó a Hypatia y estaba a mitad de camino cuando vio algo en las sombras que le llamó la atención: dos figuras masculinas muy juntas. Sorprendida, se dio cuenta de que eran Matthew y Kellington. Matthew estaba apoyado contra la pared; Kellington, el más alto de los dos, se inclinaba sobre él.

Kellington alzó la mano para acariciarle la nuca a Matthew, con los dedos hundidos en los suaves cabellos.

Cordelia vio que Matthew negaba con la cabeza justo cuando más bailarines se unían a los que ya estaban en la pista de baile, impidiéndole verlos; cuando estos se apartaron, Matthew se había ido y Kellington, con aspecto molesto, cruzaba la sala de vuelta hacia Hypatia. Cordelia se preguntó por qué le había extrañado aquello, si sabía perfectamente que a Matthew le gustaban tanto los hombres

como las mujeres, y estaba soltero: sus decisiones eran cosa suya. Aun así, había algo en Kellington que la incomodaba. Esperaba que Matthew tuviera cuidado...

De pronto, alguien le puso la mano en el brazo.

Volteó automáticamente y se encontró a una mujer ante ella: el hada que había estado en la mesa con Kellington. Llevaba un vestido de terciopelo esmeralda y un collar de piedras azules brillantes.

—Disculpa la intromisión —le dijo sin aliento, como si estuviera nerviosa—, ¿eres... eres la chica que bailó aquí hace unos meses?

—Sí —respondió Cordelia cauta.

—Sí, eso creía —dijo el hada, que tenía una cara pálida y voluntariosa—. Me gustó mucho lo que hiciste. Y tu espada, claro. ¿Me equivoco al pensar que el arma es la mismísima *Cortana*? —Murmuró esta última parte, como si hiciera falta valor solo para nombrarla.

—Ah, no —contestó Cordelia—. Es falsa. Es solo una imitación muy bien hecha.

El hada la miró durante unos instantes, y luego estalló en carcajadas.

—¡Ah, muy bien! —respondió—. A veces se me olvida que los humanos bromean; es como una mentira, ¿no?, pero para hacer gracia. Cualquiera hada auténtica reconocería el trabajo de Wayland *el Herrero*. —Observó la espada con admiración—. Si me permites decirlo, Wayland es el metalista vivo más grande de las islas Británicas.

Cordelia se quedó pasmada.

—¿Vivo? —repitió—. ¿Me estás diciendo que Wayland *el Herrero* sigue vivo?

—¡Pues claro! —respondió el hada mientras daba un par de palmadas, y Cordelia se preguntó si estaría a punto de revelarle que Wayland *el Herrero* era, de hecho, el trasgo borracho que estaba en la

esquina con una pantalla de lámpara en la cabeza. Pero solo añadió—: Nada de lo que ha hecho en los últimos siglos ha pasado por manos humanas, pero se dice que aún maneja su forja, debajo de un túmulo en los Downs de Berkshire.

—No me digas —contestó Cordelia, intentando llamar la atención de Anna para que la rescatara—, qué interesante.

—Si estás interesada en conocer al creador de *Cortana*, podría llevarte. Pasado el gran caballo blanco y bajo la colina. Por solo una moneda y la promesa de...

—No —replicó Cordelia con firmeza. Quizá fuera tan ingenua como la clientela del lugar pensaba, pero hasta ella sabía cuál era la respuesta correcta a un hada que intentaba hacer un trato: alejarse—. Disfruta de la fiesta —le dijo—, yo tengo que irme.

Mientras Cordelia se giraba dispuesta a marcharse, oyó que la mujer decía algo en voz baja.

—No tienes por qué casarte con un hombre que no te ama, ¿sabes?

Cordelia se quedó helada. La miró por encima del hombro; el hada la observaba con una expresión seria, tensa y vigilante, sin rastro de la dulzura de hacía un momento.

—Hay otros caminos —añadió—, yo podría ayudarte.

Cordelia borró toda expresión de su rostro.

—Mis amigas me están esperando —repuso, y se fue con el corazón laténdole con fuerza. Se dejó caer en una silla frente a Anna y Lucie. Estas la saludaron alegremente, pero ella tenía la cabeza en otra cosa.

«Un hombre que no te ama.» ¿Cómo podía saber eso aquella hada?

—¡Daisy! —la llamó Anna—. Haz el favor de prestar atención. Estamos ocupándonos de ti. —Bebía un pálido champán en una copa estrecha, y con un leve movimiento de dedos hizo que apareciera otra, que tendió a Cordelia.

—¡Hurra! —exclamó Lucie encantada, antes de volver a ignorar

por completo su sidra y a sus amigas y dedicarse a garabatear furiosamente en una libreta y observar lo que pasaba a pocos metros de su sitio.

—¿Te han visitado las musas? —preguntó Cordelia. Su corazón estaba empezando a serenarse. Se dijo con convicción que el hada solo había dicho tonterías. Seguro que había oído a Hypatia hablarle sobre su boda y había decidido jugar con las inseguridades habituales de cualquier novia. ¿A quién podría no preocuparle que el hombre con quien va a casarse no la amase? En el caso de Cordelia eso era cierto, pero cualquiera temería lo mismo, y las hadas se aprovechaban de los miedos de los mortales. No significaba nada, no había sido más que un intento para conseguir de ella lo que ya le había pedido antes: una moneda y una promesa.

Lucie movió una mano manchada de tinta para atraer su atención.

—Aquí hay muchísimo material —dijo—. ¿Has visto que Malcolm Fade está allí? Me encanta su abrigo. Ah, he decidido que en vez de ser un apuesto oficial naval, lord Kincaid debería ser un artista cuya obra se prohibió en Londres, así que huyó a París, donde convirtió a la bella Cordelia en su musa y es bienvenido en los mejores salones...

—¿Qué ha pasado con el duque de Blankshire? —preguntó Cordelia—. Pensaba que la Cordelia ficticia estaba a punto de convertirse en duquesa.

—Murió —dijo Lucie mientras se chupaba la tinta del dedo. Una cadena dorada le brillaba alrededor del cuello. Llevaba varios meses con el mismo sencillo medallón de oro; cuando Cordelia le había preguntado por él, Lucie había dicho que era una antigua reliquia familiar que supuestamente traía buena suerte. Cordelia aún podía recordar su presencia, un destello dorado en la oscuridad, la noche en la que James había estado a punto de morir por el veneno del demonio en el cementerio Highgate. No recordaba haber visto a Lucie con el medallón antes de eso. Suponía que podía haber interrogado a Lucie con más insistencia, pero cuando ella misma se guardaba secretos que

no compartía con su *parabatai*, difícilmente podía insistir en saber los de Lucie, sobre todo en relación con algo tan pequeño como un medallón.

—Suen a tragedia —comentó Anna, observando cómo su champán reflejaba la luz.

—Oh, no lo es —contestó Lucie—. No quería que la Cordelia de ficción estuviera atada a un solo hombre. Quería que tuviera aventuras.

—No es exactamente el tipo de planteamiento que una esperaría en vísperas de una boda —comentó Anna—, pero, en cualquier caso, lo aplaudo. Porque una espera que sigas teniendo aventuras después de casarte, Daisy. —Sus ojos azules chispearon mientras levantaba su copa para un brindis.

Lucie elevó su jarra.

—¡Por el fin de la libertad! ¡Por el principio de un divertido cautiverio!

—Tonterías —contradijo Anna—, el matrimonio de una mujer es el principio de su liberación, Lucie.

—¿Y cómo es eso? —preguntó Cordelia.

—A una mujer soltera, la sociedad la ve como alguien en un estado transitorio y temporal en el que no está casada, pero espera estarlo en cualquier momento —explicó Anna—. Sin embargo, una mujer casada puede coquetear con quien quiera sin dañar su reputación. Puede viajar con libertad. Para ir a mi casa o para salir de ella, por ejemplo.

Lucie abrió mucho los ojos, perpleja.

—¿Estás diciendo que algunas de tus amantes eran damas que ya estaban casadas?

—Estoy diciendo que es más frecuente eso que lo contrario —respondió Anna—. Es simple: una mujer casada tiene más libertad para hacer lo que quiera. Una joven soltera apenas puede salir de casa sin que la acompañen. Una casada puede ir de compras, ir a conferencias, quedar con amigas... Tiene un montón de excusas para

estar fuera de casa, siempre y cuando lleve un sombrero favorecedor.

Cordelia se rio. Anna y Lucie siempre conseguían animarla.

—Y a ti te gusta una mujer con un sombrero favorecedor.

Anna levantó un dedo.

—Una mujer que sabe elegir un sombrero que la favorece, es muy probable que haya prestado atención a cada capa de su atuendo.

—Qué sabia reflexión —dijo Lucie—. ¿Te importa si la pongo en la novela? Es justo el tipo de cosa que diría lord Kincaid.

—Como quieras, bonita —contestó Anna—, ya me robaste la mitad de mis mejores frases. —Dejó vagar la mirada por la estancia—. ¿Han visto a Matthew con Kellington? Espero que eso no empiece otra vez.

—¿Qué pasó con Kellington? —preguntó Lucie.

—Medio le rompió el corazón a Matthew, hace un año o así —contestó Anna—. Matthew tiene por costumbre que le rompan mucho el corazón. Parece preferir los amores imposibles.

—¿En serio? —Lucie volvía a garabatear en su libreta—. Ay, Dios.

—Saludos, bellas damas —dijo un hombre alto con una piel blanca como la de un cadáver y pelo castaño rizado, que apareció al lado de su mesa como por arte de magia—. ¿Cuál de estas beldades anhela bailar conmigo la primera?

Lucie se levantó de un salto.

—Yo bailaré contigo —dijo—. Eres un vampiro, ¿no?

—Esto... ¿Sí?

—Estupendo. Bailaremos, y me contarás todo sobre el vampirismo. ¿Acosas a las mujeres bellas por las calles de la ciudad con la esperanza de robarles un sorbo de su sangre gentil? ¿Lloras porque tu alma está maldita?

Los ojos oscuros del joven miraron alrededor con preocupación.

—La verdad es que yo solo quería bailar el vals —dijo, pero Lucie ya lo había agarrado y lo arrastraba hacia la pista. La música su-

bió de volumen, y Cordelia chocó su copa con la de Anna mientras ambas se reían.

—Pobre Edwin —comentó Anna mirando a los bailarines—. Se pone nervioso incluso en los mejores momentos. Ahora, Cordelia, te ruego que me cuentes todos los detalles de los planes de boda, y yo pediré champán frío para las dos.